

**LA PRESENCIA FRANCESA EN LA ISLA DE CUBA
A RAÍZ DE LA REVOLUCIÓN DE SAINT-DOMINGUE
(1790-1809)**

ALAIN YACOU
(Universidad de las Antillas y Guyana francesas,
Centro de Estudios y de Investigaciones Caribeñas)

Como es harto sabido, los disturbios acaecidos en la parte francesa de la isla de Santo Domingo a raíz de la Revolución francesa y a continuación del tremendo estallido de la Revolución negra de Haití, provocaron la emigración a la isla de Cuba de numerosos refugiados civiles desfavoridos así como militares desbandados.

Dichos refugiados se implantaron a lo largo del territorio cubano tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Ahora bien, tradicionalmente, los estudiosos han tratado de valorar esta presencia francesa tan sólo en la parte oriental de la isla, es decir en donde fueron más numerosos los que huyeron de la tormenta y todavía siguen visibles las huellas de los mismos¹. Más aún, que nos sea permitido agregar que, salvo contadas excepciones, sigue siendo tema silenciado la presencia de un grupo de mulatos y negros franceses, como se decía en aquel tiempo, puesto que casi siempre se estuvo a la mira de las actividades sociales y económicas de los refugiados blancos².

Por lo mismo, trataremos de apreciar en todo su significado dicha presencia francesa en la isla de Cuba al alborar el siglo XIX. En base a ello, aparece obligado el estudio de los tres grandes lineamientos que ofrece la dinámica migratoria que nos ocupa. A saber: su periodización, su demografía, su sociología.

¹ Alain Yacou, « La diaspora domingoise à Cuba, 1790-1813: du legs des historiens cubains du XIX.^e siècle aux travaux actuels », in *Haiti et l'après-Duvalier, continuités et ruptures*, bajo la dirección de Cary Hector et Herard Jadotte, Montréal et Port-au-Prince 1991, t. 2, chap. 19, pp. 421-444.

² Olga Portuondo Zúñiga, «La inmigración negra de Saint-Domingue en la jurisdicción de Cuba (1798-1809)», in *Espace caraïbe*, Revue internationale de Sciences Humaines et sociales, MPI, Université de Bordeaux III et CERC, Université des Antilles et de la Guyane (1998), n.º 2, pp. 169-198. Alain Yacou, «Esclaves et libres français à Cuba au lendemain de la Révolution de Saint-Domingue», in *Jahrbuch für geschichte von staat, wirtschaft und gesellschaft: Latein Amerikas*, band 23, Böhlau Verlag Köln, Weimar Wien, 1991, pp. 163-197.

1. EL FLUJO MIGRATORIO (1790-1805)

Cabe recordar que durante el período que va de 1791 a 1805, la inmigración francesa de Saint-Domingue fue llegando a Cuba por etapas: cinco en total según nuestros propios cálculos.

1.1. LOS PRIMEROS REFUGIADOS (1791-1792)

La primera migración corresponde con la salida de varios individuos precavidos cuando ocurrieron en la colonia varios choques entre las distintas facciones blancas y mulatas y sobre todo al estallar la famosa insurrección de Boukman que asoló la Plaine du Nord en los contornos del Cabo Francés (Guarico), o sea la parte más rica de Saint-Domingue, en la noche del 21 de agosto de 1791.

En realidad, muy pocos refugiados pudieron radicarse en la isla de Cuba en aquel entonces. A este respecto, éste no ha sido, ni mucho menos, el único lugar adecuado para los que únicamente habían podido salvar la vida huyendo de la catástrofe. En estas circunstancias, la parte española de la isla de Saint-Domingue desempeñó un papel de primer orden ya que a fines del año 1789 y sobre todo a principios del siguiente, tanto familias enteras con sus esclavos, como individuos desamparados, cruzaron la frontera, siendo acogidos en los poblados españoles cercanos, en especial San Miguel de la Atalaya³.

De hecho, en la isla de Cuba, en donde a instancias de los gobernantes españoles las autoridades extremaron la vigilancia para resguardarla de todo contagio revolucionario, no fue sino hacia finales del año 1791 cuando aparecieron en el puerto de Baracoa los primeros refugiados conocidos⁴. Se trataba de auténticos dueños de cafetales e ingenios de azúcar. Deseaban casi todos afincarse en las afueras de Santiago de Cuba. Pero otros varios fueron a recalar a la parte occidental de la isla. Aquí interesa citar el caso de un tal Jean Delaunay, oriundo de Burdeos, que no tardó en fomentar una de las primeras haciendas cafetaleras francesas en la localidad de Cayajabos. Ahora bien, no estará de más recordar que en aquella misma época aparecen en el centro de la isla, en Puerto Príncipe (hoy Ca-

³ Archivo General de Indias (A.G.I.), Santo Domingo 954, Carta del capitán Núñez al gobernador don Joaquín García, 20 de marzo de 1790.

⁴ Archivo Nacional de Cuba (A.N.C.), Correspondencia, leg. 4, n.º 36, Lettre de M. de Vaumeuf, habitant à Jérémie au gouverneur de Santiago de Cuba, 1.º novembre 1791.

magüey), unos que otros «negros franceses», los que habían sido llevados por sus amos en su huida. Por supuesto, volveremos a mencionarlos a su debido tiempo, dada la trascendencia de los hechos que protagonizaron unos años después.

1.2. LOS EMIGRADOS MONÁRQUICOS HISPANÓFILOS

Entre 1792 y 1795 se produce una verdadera oleada de refugiados, la cual ofrece rasgos peculiares como se notará. Las razones de este importante cambio son diversas: en primer lugar, la posición de los mismos gobernantes españoles al enterarse de la gravedad de la situación en la colonia francesa. A este respecto, tanto el omnipotente ministro Floridablanca como su sucesor el conde de Aranda en febrero de 1792 coincidieron en dictar instrucciones que, del todo acordes con las disposiciones del *Pacto de Familia*, evidenciaban la estrecha solidaridad colonial que a pesar de las discrepancias políticas entre los dos Estados seguía vigente frente al incipiente peligro negro.

En estas circunstancias, cuando disuelta ya la Asamblea Legislativa en Francia, el 21 de septiembre de 1792, la Convención se hizo con el poder revolucionario en París, y a mayor abundamiento, después de la ejecución de Luis XVI, siendo proclamada la República, los colonos monárquicos de Saint-Domingue así como varios aristócratas hispanófilos empezaron a alistarse en el ejército o en la armada de Su Majestad Católica. Así se explican las gestiones de Monsieur de Fontanges en la parte española de la isla de Saint-Domingue, y más aún en Santiago de Cuba el 25 de abril de 1793 las de Vézien des Ombrages, gobernador que fue de Jérémie en la parte francesa: se trataba pues de utilizar los territorios españoles circunvecinos como otros tantos bastiones de la contrarrevolución, según, parece, un proyecto formado por el Estado mayor francés de la Emigración, lo que, en rigor, no se consiguió del todo, dado el torcido ardid del duque de Alcudia secundado por el intrigante gobernador de Santo Domingo español y más aún el proyecto sutil del habanero Francisco de Arrango y Parreño que patrocinó el mismo capitán general de la isla de Cuba⁵.

⁵ Alain Yacou, «La stratégie espagnole d'éradication de Saint-Domingue français» (1790-1804) in *L'espace caraïbe, théâtre et enjeu des luttes impériales - XVI.^e-XIX.^e siècle*, Actes du Colloque International du 30 juin-2 juillet 1995, M.P.I. Bordeaux, 1996, pp. 277-293.

Sea lo que fuere, muchos han sido los que en base a ello empezaron a solicitar derechos de ciudadanía en la isla de Cuba: el conde coronel Beaumont en San Antonio Abad, los dos de Chappotin, Francisco y Mariano en San Marcos así como Paul Gleize de Maisoncelles, o Jean de Cheviteau, Alexandre Kenskoff en Matanzas, Alexandre Benatour, Claude Rousset, los Lachiche y los Robert, todos ellos en Remedios, para citar tan sólo a los que fomentaron cafetales en el oeste y centro de Cuba.

Firmada la paz en Basilea, otros varios emigrados que se encontraban alistados en la parte española de Saint-Domingue se retiraron sin tardanza a la isla de Cuba: si se exceptúa a Domingo Lafargue, cirujano que fue del ejército español y padre del yerno de Karl Marx, el caso más significativo fue el del marqués de Espinville que, a semejanza de su hermano el conde de Espinville, logrará fomentar un cafetal en Melena en la parte occidental de Cuba, teniendo por socio a Joseph Messemé, éste mismo se había alistado años antes en la escuadra de Aristizábal. Por su parte, menos conocidos son los pasos que llevaron a Cuba a cuantos colonos hispanófilos que se habían acantonado en aquellas plazas de Bayajá, Dajabón y Montechristi que el gobernador de la parte española don Joaquín García tuvo que entregar o retroceder en 1796 y 1797.

Aprovechando estas circunstancias, varios negros y mulatos franceses pudieron arraigarse en la isla de Cuba, burlando a menudo la vigilancia de las autoridades o gozando de la cabal anuencia de las mismas. Buena prueba de ello, todavía en 1809, la propia esposa del general Biassou que mandaba las tropas auxiliares negras de Su Majestad Católica en Santo Domingo, vivía en Calvario, un barrio extramuros de La Habana.

1.3. LA EMIGRACIÓN ÚTIL (1795-1798)

Sin embargo, y por espacio de tres años al menos, inmediatamente después de la Paz de Basilea (1795), las características del refugiado francés cambian paulatinamente. Ya no es necesario aparentarse monárquico para entrar en Cuba. Ya se habían acabado las campañas oficiales contra los republicanos franceses a los que se tachaba de regicidas o propagadores de las calamidades de la anarquía. Al revés, criterios de orden económico empiezan a predominar en la implantación de los colonos franceses.

Así es como, atraídos por los más esclarecidos representantes de la sacrococracia habanera que, como se sabe, había concebido el plan de eliminar al Saint-Domingue francés del mercado (mundial) del azúcar, llegaron a Cuba, entre 1795 y 1798 importantes contingentes de técnicos, cuadros de plantación, hacendados, administradores, mayoresales o artesanos, vinculados a la pro-

ducción azucarera y cafetalera. Entre éstos merece señalarse la presencia del famoso técnico Lardière que, así como el ingeniero Esteban Boris, se asentó en la parte occidental –en Güines– que fue en aquel entonces el polo por excelencia de crecimiento de la economía de plantación azucarera cubana⁶.

1.4. *LA HUIDA DE LOS ANGLÓFILOS DERROTADOS, LA DESBANDADA DE LOS MULATOS Y EL RETIRO DE LOS ÚLTIMOS FRANCESES HISPANÓFILOS (1798-1802)*

En los dos últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX llegaron a Cuba nuevos refugiados –civiles y militares– que unos acontecimientos de gran trascendencia en el orden político habían echado de la isla de Saint-Domingue.

Unos tras otros, se trata primero de colonos anglófonos que tuvieron que marcharse cuando se produjo la evacuación de la isla por las tropas británicas de ocupación en 1798 –no todos fueron a recalar a Kingston–, luego los mulatos seguidores del general Rigaud, obligados a su vez a abandonar Saint-Domingue por la absoluta enemiga del vencedor Toussaint Louverture en la llamada Guerra del Sur (1799-1800), a continuación, los refugiados que fueron expulsados de Jamaica a raíz de una supuesta conspiración en el año 1800, y en último lugar los miles de colonos franceses y españoles que se vieron en la precisión de huir cuando se produjo la invasión de la parte oriental de Saint-Domingue por Toussaint-Louverture en 1801, con notorios visos de aprovechar para sí mismo y a espaldas del gobierno francés todo lo pactado en Basilea.

Tanto La Habana y Matanzas en el oeste de Cuba como Trinidad y Puerto Príncipe en el centro, y con mayor razón Santiago de Cuba ofrecieron un seguro asilo a todos.

1.5. *EL GRAN ÉXODO: 1803-1805*

La última oleada de refugiados corresponde con lo que se dio en llamar la evacuación de Saint-Domingue. Los hechos son conocidos: «En in-

⁶ Alain Yacou, «La présence française dans la partie occidentale de l'île de Cuba au lendemain de la révolution de Saint-Domingue», in *Revue française d'histoire d'outre-mer*, t. LXXIV (1987), n.º 275, pp. 149 à 188. Aquí, remitimos al imprescindible *El ingenio*, de Manuel Moreno Fraginals, La Habana, 1978, t. 1, pp. 60 y 75.

terés de la civilización», Bonaparte pretendía «destruir la nueva Argelia» que «se organizaba en medio de América», según le escribía a Talleyrand el 8 Brumario Año X (30 de octubre de 1801). En otros términos, había que erradicar a Toussaint Louverture, artífice del «poder negro» en Saint-Domingue, lo cual de suyo amenazaba el inveterado orden colonial⁷.

No se ignora cómo fracasó del todo la expedición francesa de 1802, al mando del general Leclerc, cuñado del Primer Cónsul, cuyo cometido era, entre otras cosas, el restablecimiento de la esclavitud en las colonias francesas.

La derrota del cuerpo expedicionario francés a lo largo del año 1803 determinó la evacuación de miles de supervivientes de la tormenta. La isla de Cuba será, desde luego, el refugio obligado para todos ellos, al menos para los que habían tenido la suerte de escapar a la persecución inglesa en el mar. En una carta del gobernador de la parte oriental de Cuba, Sebastián Kindelán, fechada el 31 de diciembre de 1803, se señalaba que, en los dos últimos meses del mismo año, habían desembarcado por el puerto de Santiago de Cuba un total de 18.213 personas exactamente, a las que se debe agregar un sinnúmero de soldados y oficiales desbandados⁸.

Todavía en 1804 y 1805, se nota la llegada de varios centenares de personas despavoridas que encontraron asilo en Baracoa y Santiago de Cuba: estos últimos refugiados eran los que habían podido escapar a las alevosas matanzas de franceses decretadas por el mismo Dessalines después de la proclamación de la independencia de Haití.

2. GEOGRAFÍA Y DEMOGRAFÍA DE LA PRESENCIA FRANCESA

Había desaparecido para siempre la floreciente parte francesa de Saint-Domingue tan elogiada por su mejor historiador, Moreau de Saint-Méry.

⁷ Remitimos al conocido *Toussaint Louverture, de l'esclavage au pouvoir noir* de Pierre Pluchon, París, 1979, pp. 219-325. Es de notar que el excelso investigador abrió novedosas perspectivas de investigación en este terreno con su artículo, «Toussaint Louverture défie Bonaparte: l'adresse inédite du 20 décembre 1801», in *Rev. Franç. d'hist. d'outre-mer*, t. LXXVIII (1992), n.º 296, pp. 388-389.

⁸ Archivo Histórico Nacional (AHN) Madrid, Estado, Correspondencia de los capitanes generales, leg. 6366, caja 2, «Extracto de las embarcaciones y demás que han entrado en este puerto con familias de la colonia de Santo Domingo desde el 15 del corriente, sus pasajeros y resumen de los antecedentes ingresos» en *Informe del Gobernador Kindelán del 31 de diciembre de 1803 que el Capitán General Someruelos ofició al Ministro Cevallos el 31 de enero de 1804*.

Muchos miles de supervivientes se habían trasladado a la isla de Cuba durante los quince años del conflicto.

A este respecto, varios estudiosos han aventurado que hubo hasta 30.000 refugiados, lo cual no nos parece abultado si se tiene en cuenta el hecho de que a los colonos blancos se juntaron un nutrido grupo de mulatos y negros franceses (como se decía), libres o esclavos. Por otra parte, no se debe perder de vista la multitud de soldados o mejor dicho de desertores que se entremezclaron con los civiles. Es más, a los refugiados de Saint-Domingue, se tienen que agregar todos aquellos que vinieron de Luisiana, de los Estados Unidos, de la misma Francia o de las Antillas menores francesas. Desde luego, no todos se asentaron en la isla: para muchos de ellos, en efecto, ésta no fue más que el lugar adecuado para un provisional retiro.

Por lo mismo, nos parece que la única manera de llegar a concreciones, despejando incógnitas o supliendo deficiencias, es atenerse a los censos y padrones que las autoridades españolas habían mandado hacer en toda la isla de Cuba, a raíz del consabido sublevamiento del 2 de mayo de 1808 en Madrid contra el ejército invasor napoleónico.

Con toda certeza, se puede afirmar que ya se había producido en aquella época una selección a la vez natural, social y cultural, mediante la cual tan sólo habrían permanecido en Cuba los refugiados que se habían arraigado en ella, contribuyendo a su desarrollo económico y social.

Según nuestros propios cálculos basados en las declaraciones de las cabezas de familia y solteros ante las autoridades de Cuba, los refugiados sobrepasaban las 10.000 almas, habida cuenta de los nacidos en la isla o de los fallecidos, exceptuando la más de las veces, a los esclavos cuyo número no aparece en todos los casos.

La gran mayoría de los franceses, o sea más de 9.000 personas, se encontraban en la zona oriental: tan sólo la jurisdicción de Santiago de Cuba arrojaba la cifra de 7.449 personas de todas condiciones étnicas, esclavos incluidos, cabe subrayarlo, según el empadronamiento realizado en 1808, de todos los habitantes de la ciudad y de sus alrededores. Los franceses representaban allí el 22% de la población, mientras que alcanzaban un 30% en Baracoa con 1.700 personas. En cambio, en Holguín, eran 37 franceses solamente... En la parte occidental, la colonia francesa implantada en tres zonas distintas rayaba en un millar de personas de estado libre, o sea 269 en Pinar del Río, 367 en La Habana, 292 en Matanzas. En la parte central vivían unas 202 personas en las cuatro villas de Santa Clara (17), Sancti Spiritus (33), Trinidad (43), Remedios (50) y en la de Puerto Príncipe (59).

Ahora bien, sin llevar a extremos el estudio demográfico comparativo de la presencia francesa en sus tres ubicaciones, basta con señalar unos datos significativos.

En primer lugar, tratándose de los orígenes de los refugiados, si en la zona oriental casi todos procedían de Saint-Domingue, en las demás zonas del oeste y del centro, muchos habían llegado directamente de Francia o de alguna otra colonia francesa, en especial de Luisiana. Así, en la zona occidental, al lado de los 735 de Saint-Domingue aparecían hasta 128 de la Nueva Orleans.

Quizás valga la pena señalar otro hecho aparentemente intrascendente: es que a la inversa de lo que sucedía en la zona oriental, en Santiago de Cuba específicamente, donde la mitad del grupo francés de condición libre venía constituida de negros y mulatos (2.341 personas sobre 5.004), en las otras dos, la colonia francesa era mayoritariamente blanca (en el centro, 9 de color sobre un total de 202 personas, 66 sobre 900 en el oeste). Por ende, aún cuando fue modesto, el aporte demográfico francés, venía a reforzar las tendencias que desde el punto de vista étnico diferenciaban el este del oeste cubano.

Otro rasgo distintivo fue el alto porcentaje de varones entre los franceses radicados en el oeste y el centro –respectivamente 515 varones contra 161 hembras y 108 contra 44– frente al relativo equilibrio que se podía notar en la región de Santiago de Cuba en el Oriente –cualquiera que fuese la casta o estado–. En total, 3.479 contra 3.970⁹.

El dato es de suyo elocuentísimo. Explica en parte la importante cuota de criollas cubanas que habían contraído matrimonio con franceses en la parte occidental. Estas representaban la cuarta parte de las mujeres casadas del grupo. Asimismo vale la pena subrayar que sobre un total de 33 hombres casados en la región central, 17 se habían unido con una hija del país. Se sabe por otra parte que de los 50 niños con que contaba la comunidad francesa en esta misma región, 27 eran hijos de madres cubanas, habiendo nacido en total 33 en la isla. Así, de manera ejemplar, en el centro y en el oeste de Cuba, se estaba formando dentro de la colonia francesa un subgrupo que se hallaba en vías de integración en la sociedad global, por con-

⁹ O sea:

	Varones	Hembras
Blancos	1.420	1.238
Mulatos libres	656	1.235
Negros libres	145	305
Mulatos esclavos	175	132
Negros esclavos	1.083	1.067

ducto de los privilegios que brindaban el consorcio y las ventajas que aportaba el abolengo. En otros términos, estaba en marcha en algunas partes de la isla un proceso de paulatina cubanización de buena parte de la colonia francesa.

En resumidas cuentas, si por su volumen importante y composición étnico-social equilibrada, los franceses asentados en la jurisdicción de Santiago de Cuba constituían un grupo homogéneo de marcada tendencia endogámica y por lo mismo capaz de vivir aferrado a sus padrones culturales, a la inversa los que en número restringido vivían en las demás regiones de la isla, estando en el mejor de los casos bajo el control diario de sus conciudadanos cubanos, se vieron en la obligación de compenetrarse con ellos.

3. APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA A LA PRESENCIA FRANCESA

Tratándose del asentamiento e inserción social de los refugiados franceses, quisiéramos apuntar en primer lugar que, en todas partes se les tributó buena acogida, al menos en los primeros momentos, según los testimonios autorizados que han sido conservados¹⁰.

Por supuesto, al no ser masiva, la llegada de los franceses en el oeste y en el centro de la isla no planteó problemas agudos de vivienda o de abastecimiento como acaeció en Santiago de Cuba adonde un sinnúmero de personas llegaron a veces tan sólo con la ropa que tenían puesta. Así, por el mero hecho del desfase cultural entre las dos poblaciones no tardaron en enfriarse las relaciones, siendo tremendo el impacto de la presencia francesa sobre la adormecida ciudad. Todo ello explica que a principios de 1804, varios vecinos hayan elevado una súplica al soberano Carlos IV «quexándose del lastimoso estado de esta ciudad con motivo de la entrada en ella de veinte a veinte y dos mil franceses entre blancos, mulatos y negros que tratan de formar establecimientos, y sobre la vida licenciosa y deshonesta con que se conducen»¹¹.

También, cabe señalar cómo las ideas de libertad e igualdad, así como los demás principios democráticos acuñados por la Revolución Francesa, los difundieron por doquier los negros franceses. Conocedores del decreto de la Convención que, en 1794, promulgaba la abolición de la esclavitud,

¹⁰ J.M. Callejas, *Historia de Santiago de Cuba compuesta y redactada en vista de los manuscritos originales e inéditos de 1823 y precedida de un Prólogo por Fernando Ortiz*, La Habana, 1911, pp. 65-66.

¹¹ A.H.N., Estado, Correspondencia... leg. 6366, caja 2.

algunos iban insinuando que todos los esclavos procedentes de las colonias francesas eran libres. Es más, al finalizar el siglo XVIII, dichos negros franceses, propagandistas acérrimos de las ideas libertarias, no dejaron de fomentar varios alzamientos entre las dotaciones de las jurisdicciones de Puerto Príncipe y Trinidad en la región central, provocando un gran terror en el vecindario, como era de esperarse, al confesar los cabecillas su deseo de hacerse dueños del país¹². No de otro modo, en nuestra opinión, apareció en la isla de Cuba el incipiente abolicionismo negro protagonizado después por José Antonio Aponte en la coyuntura de los años 1808-1814¹³.

A la inversa –es justo apuntarlo– varios refugiados supieron granjearse la amistad o la estimación de sus conciudadanos cubanos, gozando incluso en ciertos casos de la consideración de la gente pudiente por evidentes motivos de solidaridad de clase y de interés económico según las pautas de una estrategia cumplidamente diseñada por el más prestigioso representante de la *plantocracia* habanera en aquel entonces, Francisco de Arango y Parreño¹⁴.

De hecho, convencidas de la utilidad de esa emigración, las autoridades españolas habían hecho todo lo posible por favorecer la inserción de los refugiados franceses. Se sabe que, junto a uno que otro de los ricos hacendados que habían podido traer consigo a unos pocos esclavos, vino gente de escasos recursos pero ducha en las artes mecánicas. Estos y aquéllos dieron origen a un desarrollo artesanal y agrícola en las regiones donde se asentaron.

Según la información que en los años 1808-1809 facilitaron los mismos franceses, se conoce bastante bien la ocupación de la mayor parte de entre ellos o sea la de la casi totalidad de los varones incluyendo a algunas mujeres solteras que ejercían un oficio.

Pasando por alto los médicos, cirujanos y militares que conformaban la minoría en todas partes, hay que notar la existencia de un alto porcentaje de artesanos que obraban en las mismas ciudades –talabarteros, zapateros, plateros, relojeros, silleros, cocineros, sombrereros, sastres, costureras, lavanderas y panaderos– siendo éstos últimos los más numerosos en

¹² A.G.I., Ultramar, leg. 312, «Relaciones de los varios movimientos de negros acaecidos en la Villa de Puerto Príncipe y en la ciudad de Trinidad de esta Ysla», 1798.

¹³ Sobre Aponte, véase a José Luciano Franco, *La conspiración de Aponte*, La Habana, 1963, *passim*.

Hemos abordado el tema del abolicionismo negro en el artículo «La insurgencia negra en la isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX», en *Revista de Indias*, vol. LIII, Madrid, 1993, pp. 23-51.

¹⁴ *Obras de Francisco de Arango y Parreño*, La Habana, 1952, pp. 382-383.

general. Por otra parte, eran muchos los artesanos y técnicos de plantación: carpinteros, albañiles, toneleros, mayores, maquinistas, ingenieros, agrimensores e incluso obreros agrícolas.

Al lado de dichos artesanos y técnicos, los comerciantes siempre constituían una minoría menospreciada por las autoridades por ser pernicioso en su opinión todo tipo de comercio en manos de extranjeros. No obstante en Baracoa y Santiago de Cuba, únicos lugares donde se encontraban armadores y corsarios franceses, éstos gozaban de cierta consideración por razones obvias.

En último lugar, venían los administradores y hacendados. Entre aquéllos, los dueños de cafetales fueron los más numerosos. Muy pocos franceses habían conseguido fomentar ingenios de azúcar. No obstante, muchas veces les tocaba administrar unos cuantos mediante debidos contratos con propietarios cubanos ausentes.

Sea lo que fuere, la presencia francesa ha sido decisiva tratándose del despegue de la economía de plantación cubana. Así, en lo que se refiere a la producción cafetalera, se debe tener en cuenta la existencia de hasta 115 cafetales franceses en toda la extensión al este y al sur de La Habana, 200 en los alrededores de Santiago de Cuba. Incluso en el centro de la isla de rancia tradición ganadera, los franceses fundaron no menos de 20 cafetales en poco tiempo.

Por lo demás, la demanda de tierra por parte de los franceses activó en algo el lento proceso de demolición de las haciendas tradicionales –los hatos– vinculadas a la economía ganadera, tanto en el centro como en el este de la isla de Cuba. De todos modos, el precio de la tierra, mucho menos elevado en cualquier parte que el que habían conocido en Saint-Domingue, no podía ser de ninguna manera un serio obstáculo para la adquisición de bienes raíces. A ello se agrega el hecho de que la venta se hacía «a censo», circunstancia muy favorable para los que no tenían sobrados capitales. También se tenía la posibilidad de alquilar tierras, llegado el caso.

Aquí cabe recalcar la actuación benéfica del conocido francés Prudencio Casamayor arraigado en la isla desde 1797, quien compró en 1802 a la Real Hacienda tierras realengas en los alrededores de Santiago de Cuba, así como los sobrantes del hato de Baraguas y parte de los corrales de Hongolosolongo y Dos Palmas, repartiéndolo todo por venta en lotes de diez caballerías entre sus compatriotas¹⁵.

¹⁵ Juan Pérez de la Riva, «La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto» en *El barracón y otros ensayos*, La Habana, 1975, p. 387.

Por otra parte, puede asegurarse sin temor a equivocarse que por medio de los oportunos casamientos con criollas de Cuba, varios solteros pudieron fomentar sendos cafetales en las tierras de sus padres políticos. Se debe aclarar también cómo para salvar dificultades que no eran sólo de tipo financiero, ciertos refugiados se vieron en la precisión de firmar contratos con propietarios cubanos o formar sociedades entre sí para dar cima a sus proyectos. La más famosa de aquéllas fue la que, a instancias del francés Louis de Bellegarde, compró en 1803 y repartió las tierras del hato Santa Catalina cuyo fomento dio origen a la ciudad de Guantánamo¹⁶.

Por lo tanto, cafetales franceses hubo de todo tipo, desde los pequeños fundos atendidos por reducidas dotaciones de menos de 7 esclavos, hasta los mayores que contaban con más de 80, en la parte occidental específicamente. En ésta última, así como en las demás en donde se afincaron los franceses, la producción cafetalera se incrementó rápidamente gracias a la aplicación de la tecnología avanzada que éstos poseían, así como la explotación férrea a la que sometían a la mano de obra esclava. Por ende, el reverso de la medalla fue el ingente desarrollo del cimarronaje en las zonas montañosas aledañas a los cafetales franceses, en especial en el oriente cubano¹⁷.

4. CONCLUSIÓN

Al finalizar la primera década del siglo XIX, unos acontecimientos de orden internacional irían a alterar las relaciones entre los cubanos y los refugiados franceses, dificultando los proyectos de inserción social de la mayoría de éstos y dando al traste con los planes económicos de muchos de ellos por no haber obtenido en la forma requerida sus cartas de naturaleza. Nos referimos al alzamiento del 2 de mayo de 1808 del pueblo madrileño contra el ejército napoleónico, noticia que llegó a La Habana el 17 de julio de ese mismo año. Desde entonces, los miles de refugiados franceses radicados en la isla estuvieron expuestos a la ira legítima de las poblaciones. De hecho, el 28 de julio, el prudente Capitán General, marqués de Someruelos, mandó a todas las entidades administrativas y judiciales que establecieran sin demora las nóminas de todos los extranjeros, con rigurosa

¹⁶ Regino E. Boti, *Guantánamo, breves apuntes acerca de los orígenes de esta ciudad*, Guantánamo, 1912, *passim*.

¹⁷ José Luciano Franco, *Los palenques de los negros cimarrones*, La Habana, 1973, pp. 102-104.

división entre los naturalizados y los que no lo estaban. Estos últimos debían abandonar la isla en el más breve plazo.

La situación empeoró repentinamente a partir de 1809 cuando el mismo Capitán General ordenó en su *Proclamación* del 12 de marzo la constitución de Juntas de Vigilancia en toda la isla con el cometido de velar por la expulsión de todos los refugiados desacreditados o de aquellos que no hubieran abrazado con entusiasmo la causa española, estuvieran o no naturalizados. En estas circunstancias, hubo en Baracoa y en Santiago de Cuba algunos incidentes de relativa gravedad¹⁸. Es más, en La Habana y en buena parte de la zona de los cafetales franceses del oeste, estalló una insurrección con patentes designios de asesinar a los refugiados franceses y saquear sus bienes¹⁹. Por lo tanto, presionados por los acontecimientos, los colonos franceses en su mayoría iban a abandonar la isla para dirigirse, unos a la Nueva Orleans, Filadelfia, incluso a Haití y otros a las colonias francesas o inglesas del Caribe.

Se comprende por lo mismo cómo se ha perdido en varias regiones del oeste y del centro la huella de la presencia francesa, cuando en otras regiones de la isla sigue perviviendo todavía, en especial en el Oriente adonde volvieron muchos de los expulsados con otros franceses más, una vez terminado el conflicto franco español. Así, hoy en día, pueden verse todavía en las sierras del Este los vestigios de las casas de vivienda de los cafetales franceses o escuchar las canciones y toques de las famosas *tumbas francesas* que siguen siendo testimonios del aporte lingüístico y cultural de los negros franceses de Saint-Domingue arraigados en Cuba²⁰.

¹⁸ Alain Yacou, «L'expulsion des Français de Saint-Domingue réfugiés dans la région orientale de l'île de Cuba, 1808-1810», *Caravelle*, 1982, n.º 39, pp. 149-164.

¹⁹ Alain Yacou, «Les Français du Sud-Ouest dans la Vuelta Abajo de Cuba au lendemain de la Révolution de Saint-Domingue», en *L'émigration aquitaine en Amérique Latine au XIX.º siècle* (textes réunis par Bernard Lavallé) M.P.I. Bordeaux, 1995, *vide*, pp. 39-43.

²⁰ Desde luego, remitimos tan sólo a algunos de los primerísimos estudios publicados en el siglo XX sobre la presencia cultural francesa en el Oriente cubano o sea:

- José María Callejas, *Historia de Santiago de Cuba*, compuesta y redactada en vista de los manuscritos originales e inéditos y precedida de un prólogo de Fernando Ortiz, La Habana, 1911.
- Emilio Bacardí y Moreau, *Vía crucis*, Barcelona, 1914.
- José María Pérez, *Santiago de Cuba en 1800*, en E. Bacardí y Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba*, 1925.
- Eduardo Montouliou, «Influencia de la cultura francesa en la provincia oriental de Cuba en los siglos XVIII y XIX», en *Revista de la Sociedad geográfica de Cuba*, La Habana, 1932, n.ºs 1,2,3.

-
- José Antonio Portuondo, «La inmigración francesa: fomentos de cafetales. Las nuevas ideas», en *Curso de Introducción a la Historia de Cuba*, La Habana, 1938.
 - Francisco Pérez de la Riva, *El café, historia de su cultivo y explotación*, La Habana, 1944, *La habitación rural en Cuba*, La Habana, 1952 (este autor proporcionó toda la información deseable a G. Debien, quien la recopiló en buena parte en su artículo «Les colons de Saint-Domingue réfugiés à Cuba, 1793-1815» en *Revista de Indias*, año XIII, n.º 54, oct.-dic. de 1953). Ahora bien, es justo realzar que Debien suministró de su puño y letra datos solventes, fruto de su reconocida erudición por lo que toca a la vida y hechos de los hacendados franceses citados por Pérez de la Riva, habiendo tenido la oportunidad de someter a expurgo sistemático a varios «papeles de familia» que por razones obvias no se encuentran en los archivos públicos franceses.
 - Ernesto Buch López, *Historia de Santiago de Cuba*, La Habana, 1947.
 - Francisco José Ponte Domínguez, *La Masonería en la Independencia de Cuba...*, La Habana, 1951.
 - Juan Pérez Villareal, *Oriente, biografía de una provincia*, La Habana, 1960.
 - Elisa Tamames, «Antecedentes históricos de las tumbas francesas», en *Actas del Folklore*, año I, n.º 9, La Habana, septiembre de 1961.
 - Fernando Boytel Jambú, «Restauración de un cafetal de los colonos franceses en la Sierra Maestra», en *La Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, La Habana, 1962.

No obstante conviene citar, entre muchas otras, a algunas obras más recientes que vienen al caso:

- Jesús Guanche, *Procesos etnoculturales de Cuba*, La Habana, 1983.
- Olavo Alén, *La música de las sociedades de tumba francesa en Cuba*, La Habana, 1986.
- Rafael Duharte Jiménez, «La huella de los emigrados en Santiago de Cuba», *Revista del Caribe*, año IV, n.º 11, Santiago de Cuba, 1987.
- Isabel Martínez Gordo, *Algunas consideraciones sobre Patois Cubain de F. Boytel Jambú*, La Habana, 1989.